

719

Oscar Mata



Una visita a la ciudad de Kafka



La paz del fuego

7

UAM
PQ7275
U5
P3
no.7



Oscar Mata

Una visita a la ciudad de Kafka



242088

La Paz del Fuego
7
México, D.F. 1981

ISBN 968-597-313-X

La paz del fuego

Editor: Bernardo Ruiz

Asesor editorial: Héctor Carreto

© Oscar Mata, derechos reservados, 1981

Av. San Pablo 180, México 16, D.F.

Ediciones de la Coordinación de Extensión Universitaria

Unidad Azcapotzalco

Universidad Autónoma Metropolitana

Impreso en México / Printed in Mexico

EL PRINCIPIO

Los compañeros protestaron, rompieron el orden de la fila y se apoderaron de los papeles. Ante el asombro de los otros, les prendieron fuego ahí mismo, a la vista de todos. No se había consumido la primera flama, cuando encendieron otra, auxiliados por algunos de los que sufrían frente a las ventanillas. Y a la segunda quema siguió la tercera y todos los que ahí padecían sus martirios fiscales contribuyeron a la causa. Fue vano que las fuerzas de los otros intentaran someterlos: sólo encontraron el edificio en llamas; en tanto, los compañeros se lanzaban en pos de más oficinas burocráticas que incendiar. Una a una las fueron quemando, mientras más gente se les unía. Llegó el momento en que hasta los mismos otros habían abrazado la misma causa. Aquellos papeles arrieron y ardieron, lo mismo en pueblos que en ciudades, sin que importara el país o el sistema social. A lo largo y ancho de la tierra, todo mundo celebró a la luz de esas purificadoras hogueras. Ya no había actas ni citatorios, tanto edictos como multas eran puras cenizas. De ahí en adelante nadie habría de pagar impuestos ni someterse a la mediocridad de ningún gobierno. Al fin, la humanidad renacía de sus cenizas.

Ahora sólo esperamos que Adán le regrese el mordisco a Eva y todo vuelva a ser como en el principio.

“DE QUE LA EMPRESA ES BRAVA...”

- Andale, vamos a Estados Unidos. Andas ganando mucha lana.
- Sí, pero necesito ahorrar. Hace un año pedían cien billetes de enganche, ahora son cientoveinticinco. La inflación está de perros.
- No te preocupes tanto y ven. . . Estás trabajando mucho, unos días de vacaciones no te caerán mal. Lo otro vendrá con el tiempo.
- Mientras más pronto mejor. Cada día, en vez de acercarse, se aleja. Maldita especulación. . .
- A propósito, ¿dónde tienes tu dinero?
- ¿Cómo que dónde? En el banco. . . Los intereses son menores a lo que ha subido la vida, pero de eso a nada.
- En el banco siempre pierdes. . .
- Sí, desde tiempo para cobrar un cheque hasta valor adquisitivo del dinero, con todo y los intereses.
- ¿Por qué no le entras a la bolsa? Nosotros hemos ganado mucho ahí.
- ¿Bolsa?
- Sí, compras y vendes acciones.
- ???
- Te voy a mostrar los registros de nuestros últimos movimientos. . . En este ganamos treinta por ciento en dos meses.
- ¡Treinta por ciento en dos meses!
- Y en este otro el cuarenta por ciento en mes y medio. ¿Cómo la ves?
- Es un robo, un verdadero robo.
- No, maestro. Se trata de la situación del país. Nuestras empresas duplicaron sus ganancias el año pasado y en este año esperamos más.
- ¿En serio?
- La alianza para la producción.

- Para la explotación, querrás decir.
- Bueno, bueno. . . Entonces qué, ¿le entras?
- Está muy tentadora tu oferta. . .
- Nuestros corredores nos han asesorado de maravilla. Claro que así como puedes ganar, puedes perder.
- Okey. . . Aquí están quince billetes. . . Ponlos a sudar.
- Los meteré a un papel bancario. Multifondo no ha subido en más de una semana. Ven, te voy a mostrar en qué parte del periódico puedes checar su cotización diaria.
- Olvídate. Me fije o no me fije, eso no influirá en su precio. Además, ando muy ocupado.
- ¡Qué suerte tienes, maestro! Multifondo subió ayer. En un día ganaste lo que te da el banco en un mes.
- ¿En serio?
- ¿A poco no te fijaste?
- No. . .
- Ven, mira. . .
- Ah, caray. La plusvalía está brava. . . Ahora me explico por qué hay tanta gente pobre.
- Ya, ya, déjate de cosas. . . ¿Ves como esto te conviene? Sólo con la bolsa puedes vencer a la inflación.
- Saqué todo lo que tenía en el banco. Vamos a ver qué pasa.
- A este paso de menos lo duplicas en un año.
- No seas bocón. . .
- En serio. Antes de lo que te imaginas, tendrás muy buena lana.

¿Y en qué acciones vas a meter mi dinero?

Aún no sé. . . Tengo un par de prospectos, pero decidiré en definitiva cuando consulte a nuestros asesores.

- Oye, ayer me dijeron que la bolsa está sobrevaluada, que en cualquier momento se puede caer la cotización de las acciones.

Bah, simples rumores. ¿Ya viste cuánto has ganado en un mes?

- No.
- Deberías ver la sección financiera del periódico. El chiste de la bolsa es seguir a diario las cotizaciones. Se lleva uno cada sorpresota.

Estoy lleno de chamba y no tengo tiempo. . . ¿Cuánto he ganado?

- El veinte por ciento.

¿En un mes? No es posible.

- Si quieres los billetes, se te pagan de inmediato.
- Síguelos moviendo. Mientras más pronto consiga lo que necesito, más pronto me salgo de esto.

- ¿Qué pasó?

- Se está cayendo todo. Ya vendí tus acciones bancarias. . . No podía esperar que bajaran más.

- ¡¡Perros de mierda!! ¿Perdí mucho?

- No, más o menos sales a mano.

- Adiós ganancias. . .

- No te quejes, hay quien ha perdido hasta la camisa.

- ¿Y ahora?

Mañana tenemos una junta con los de la casa de bolsa. Van a explicarnos la situación.

- Fue un ajuste técnico. Las acciones estaban sobrevaluadas.
- Y me lo dijeron a tiempo. ¡Qué rabia! A salirse de inmediato.
- Nosotros nos quedamos. El daño ya está hecho. Ahora todo tiene que volver a subir.
- ¿Tú crees?
- Los corredores nos juraron que las cotizaciones se levantarán en cosa de dos meses. Nosotros íbamos a sacarlo todo y nos rogaron que no lo hiciéramos. Hasta se ofrecieron a firmarnos una garantía.
- Okey, si tú sigues, yo también.
- Me recomendaron Tremec.
- ¿Tremec?
- Sí, Transmisiones y Equipos Mecánicos. Autopartes. Te voy a embolotar con 300 acciones a 218 cada una. ¿Te parece?
- Está bien. Vamos a ver qué tal se porta.
- Me lleva. . . Tremec aparece en todos los comentarios bursátiles, pero sus movimientos a la baja.
- Sí, carajo, pero no nos conviene salirnos, porque ya mero es su junta de accionistas.
- ¿Viste? Si las acciones no son malas.
- ¿Cómo que no?, si están a 146.
- Pero Tremec pagó un dividendo de una acción por cada dos que se tuvieran. . . Si haces cuentas, verás que vas a mano y dentro de poco sube.

- Ojalá. Todos los comentaristas bursátiles dicen que muy pronto la bolsa volverá estar en alza.
- Pues sí, maestro. Antes las acciones subían en cuestión de días, ahora hay que esperar semanas o meses, pero de seguro suben.
- Esa cochinada está a 119. Ya le gustó bajar.
- Espérate al informe presidencial. . . A partir de septiembre sube todo. Yo sé lo que te digo.
- Estamos en octubre y Tremec sólo vale cien pesos.
- Quieren tronar a los inversionistas que entraron durante el auge.
- Malditos especuladores de mierda. Son peor que perros.
- Así es el juego. Si puedes aguantar, yo te aconsejo que esperes un poco.
- Pues qué otra me queda. . . Al menos para salir a mano.
- ¿Viste Tremec? Está a ochenta.
- Ya ni la amuelan. Las empresas se están hinchando de ganar dinero y la bolsa sigue muy baja. Son unos rateros.
- Y para que tú lo digas. . . Fue una estupidez no salirse en Junio.
- No te desanimes. Varios analistas bursátiles dicen que la bolsa dará un rendimiento mínimo del cuarenta por ciento el próximo año.
- ¡Maldita sea!, ¿qué Tremec ha estado en huelga desde hace meses? Hoy amaneció a 58.
- Ni me lo recuerdes, maestro. Cada vez que veo su cotización, me dan ganas de llorar.
- Es indignante. Quieres comprar un coche y tienes que esperarte de

menos dos meses, no importa la marca que sea. Las autoridades hacen más obras para los autos que para la gente. A esos transas de Tremec lo que les sobra es mercado, mercado y cinismo.

- No es tanto la empresa sino la bolsa. Las compañías se concretan a entregar sus acciones y la bolsa se encarga de negociarlas y cotizarlas.
- ¿Y nadie los vigila o regula?
- En el aspecto de alzas y bajas, no. ¿Quién crees que manda en este país?
- ¿En serio?
- Sí, cosas de la libre empresa.
- Del libre atraco. . . Antes pensaba que la industria era el gran robo; pero, ante la bolsa, la más explotadora compañía resulta una institución de beneficencia. . .
- Vaya, hasta que la porquería esta empezó a subir. Hoy está a 63.
- De aquí en adelante todo es jauja.
- Oye, quiero otras acciones.
- ¿Tremec?
- Sí, estoy seguro de que las compro muy baratas.
- Te las consiguieron a 64, más comisión.
- Siguió subiendo. Va bien.
- ¿Qué demonios sucede? Tremec está a 48.
- Es psicológico por las nuevas tasas de interés bancario. Nuestros corredores dicen que es algo pasajero.
- Lo mismo dicen desde junio. Y este último bajón fue casi tan fuerte como el de mayo.

- Mira, por unas semanas no veas la sección financiera. Dentro de poco es la asamblea de accionistas, entonces decidiremos.
- Si en el bajón de 218 a 146 dio una acción por cada dos que se tuvieran, ahora de menos tiene que dar tres acciones por cada una.
- Los directivos tienen que hacer algo. No es posible que permitan tanta especulación con los papeles de su empresa.
- Pues no sé, de lo que sí estoy seguro es de que sus ganancias no han bajado a la tercera parte, y puedo jurar que no le han triplicado el sueldo a sus trabajadores.
- He oído que la materia prima escasea y ha subido horrores. Quizá por eso andan tan mal.
- No te hagas. . . De que la empresa es brava. . .
- ¿Viste el aviso a los accionistas? Tremec pagará una acción nueva por cada tres que se tengan y dos cincuenta en efectivo. No está mal.
- No, está pésimo. Te dan una miseria y ayer mismo se esfumó el dividendo en efectivo.
- ¿Cómo?
- Sí, la asamblea de accionistas decretó un pago de dos cincuenta en efectivo por cada acción y ayer mismo Tremec bajó de 51 a 49. Malditos perros.
- Cálmate. El pago es hasta fines de mayo, para entonces debe subir.
- ¿A poco te crees lo de la gacetilla?
- ¿Cuál gacetilla?
- La que salió en *El Universal*. Al leerla, te convences de que los de Tremec son unos transas que fabrican transmisiones automotrices. Oye esto. Durante 79, sus ventas se incrementaron un 39.6 % con respecto a 78 y exportaron el 64 % de su producción. A pesar de todo esto, sus acciones valen la cuarta parte de lo que costaban hace un año. ¿Quieres que te la lea?, tiene unos pasajes maravillosos acerca de su agradecimiento a la confianza de los accionistas, de su soli-

dez como empresa establecida, de sus enormes perspectivas. . . Se llama “Tremec: quince años de éxitos” y es un texto tan redondo como caca de perro.

- Buenas noticias. Tremec está en 57 y esta semana paga dividendo.
- Increíble. Apenas lo pague, me salgo.
- ¿A poco ya te sales? La bolsa está en plena recuperación.
- Que otros sigan en la transa. . . Si quieres, te vendo mis acciones.
- ¡Maldita sea! En un solo día Tremec bajó 16 puntos.
- Fue por el pago de utilidades. Así es la bolsa.
- Sí, de que la empresa es brava, hasta a los de casa muerde.

UNA VISITA A LA CIUDAD DE KAFKA

Abandonaron Italia después de probar en Milán las peores pizzas del mundo.

—Bon viaggio a tuttii

Sobre Los Alpes, ambiente de fiesta entre el grupo de italianos que huía del ferragosto. Casi todos brindaban con la excelente cerveza que las azafatas repartían generosamente. Las checas eran altas y muy blancas, pero el semblante de una de ellas adquirió la tonalidad del jamón que en ese momento servía.

¡Dollars! ¡Oh, dollars!

El iba a pagar un frasco de perfume con esos billetes, verdes y devuados, que la azafata devoraba con los ojos sin que él entendiera la admiración que causaban: si al menos fueran marcos o libras esterlinas. . . Ya el mero hecho de un *Duty Free* a bordo de un avión del bloque comunista lo había desconcertado, ahora la admiración de la checa terminaba de sorprenderlo. La otra azafata dejó lo que hacía para corroborar el hallazgo de su camarada: un viajero con dólares, sí, dólares, no sólo liras como el resto del pasaje.

Mientras su compañera se decidía por la marca, recordó que no tenían alojamiento a gusto en Praga. Un mes antes de partir, habían solicitado reservación para un hotel en el centro de la ciudad. En respuesta —sin que mediara la menor explicación— los asignaron a otro que no aparecía en los planos de Praga. Tan sólo en un extremo del mapa se veía una flecha que llevaba a algún lejano suburbio junto a la leyenda “Hotel Olympic”. Habían recorrido medio mundo para llegar a esa urbe majestuosa e imperial, y no iban a pasar los mejores momentos de su estancia desplazándose a las zonas históricas, por lo que decidió conseguir otro alojamiento. En tierra, la azafata —tras reconocerlo como el pasajero que llevaba dólares— le indicó que sería fácil reservar una habitación en el mismo aeropuerto.

—Acuda a Cedok. . . Después de pasar la aduana, a la derecha.

—¡Cien dólares!

—Por favor. . . Y otros cien para esta visa.

En contraste con la admiración de la mujer en la caja de cambios, el resto del personal —rigurosamente militarizado: soldaditos de verde que llenan de sellos cualquier papel que se les ponga enfrente— apenas repa-

ró en ellos. Quizá el vista aduanal les lanzó una mirada furtiva y, antes de lo esperado, habían cumplido con todos los trámites. La excursión de italianos iba a alojarse en un hotelito del centro y un toscano se ofreció a abogar por ellos, para que los admitieran ahí mismo. Sin embargo, la guía —unos gruesísimos anteojos fijos en la lista de visitantes— no quiso oír nada del asunto.

—Vaya a Cedok.

Regresó al hall del aeropuerto, jamás había estado en una terminal aérea tan desierta. Siguiendo las instrucciones, se dirigió hasta la oficina de Cedok, la agencia oficial de turismo. No había nadie en el mostrador, por lo que se asomó. Entonces supo que, efectivamente, los viajes ilustran: lo más bello de Praga le sonreía y mostraba los muslos.

—Desearía reservar un cuarto.

Ella caminó hasta el mostrador y le señaló en un mapa de la ciudad la oficina central de Cedok. El tomó el mapa y, al rozar su mano con la de ella, se convenció de que esa mujer era real. Tuvo que hacer acopio de fuerza de voluntad para dejar de admirarla y mostrarle el logo de la agencia, colocado encima de ellos.

—Me dijeron que aquí podía hacer el trámite.

—Eso era antes.

Ella volvió a sonreír y sus ojos pasaron del azul al verde. El pensó que de buena gana se quedaría ahí, junto a ella, hasta el fin del verano.

—No importa, aquí me espero hasta que vuelva a ser.

Bajó la cabeza, halagada, y le explicó.

—Tiene que ir hasta allá si desea la habitación. Desgraciadamente, yo no puedo hacer más por usted.

El prolongó la plática con preguntas acerca del autobús que debía tomar, el precio del taxi, el clima; cualquier pretexto que permitiera seguir contemplándola resultaba excelente. Las nuevas disposiciones le ordenaban remitir a todos los turistas a la oficina central, lo cual era una lástima; pero qué se le hacía. . . Ella le escribió en el mapa el número del camión que lo llevaría al centro. Acto seguido le señaló la parada

(en algún sitio, allá fuera, muy lejos de su belleza) y, entre el murmullo del roce de sus medias, regresó a su lugar. Le habían dicho que la mujer checa era hermosa, pero la edecán de Cedok en el aeropuerto (en cuya compañía no debe sentirse el invierno eslavo) rebasaba todas sus expectativas.

Los suburbios se extendían en techos de dos aguas a través de suaves colinas. El color de sus muros, en contraste con el verde oscuro, los hacía parecer un bosque de cemento con una simetría marcial, enfermiza.

¡Hotel Central!

Quizá me hayan negado la reservación para hacerme ir a un hotel más caro, piensan que cualquier turista occidental es millonario, así reflexionaba cuando le pidió al taxista que los llevara allá. Tras una sonrisa que acompañaba su negativa, el administrador del Central mostró su desagrado cuando le preguntaron si al menos tendría un cuarto para la noche siguiente. Pidieron al taxista que los llevara a otro hotel en el centro, pero él los condujo hasta la agencia: veterano de estas lides, sabía que nada ni nadie fuera de los canales oficiales iba a conseguirles alojamiento. Ya frente a Cedok, escribió en uno de los vidrios laterales del auto el importe de la dejada. Después hubo que hacer cola para ser atendido.

Quiero un. . .

¿Y sus documentos?

Mostró el pasaporte, con la respectiva visa. Se le quedaron viendo con cara de fastidio, era notorio que necesitaba algo más. Un compañero de fila, también veterano de esas lides, le susurró en inglés.

Muéstrele la constancia del cambio de moneda. Sin ella no se dignarán a atenderlo. . .

Una vez cumplidos todos los requisitos preliminares, comprendió que ya tenía derecho a voz.

Deseo un cuarto en la zona vieja por tres noches. Estoy dispuesto a pagar. . .

Ínutil terminar la frase. La burócrata había tomado sus documentos y se alejaba del mostrador. Consultó una lista, hizo una llamada telefónica y sentenció.

Sólo hay lugar en el hotel Alcrón por una noche. Un cuarto sencillo al que le van a añadir una extensión. Pague 55 dólares.

Cincuenta y cinco dólares. El Alcrón resultaba más caro que el Central y que el Olympic. Y había renunciado a éste último por su lejanía y su precio.

Pero...

La checa esbozó un rictus de molestia. . . ¿Cómo se atrevía a contestarle? Exponiéndose a lo peor, y ya resignado a que su presupuesto se desbalanceara, él explicó:

Usted no me ha entendido. Nos vamos a quedar en Praga tres noches, no sólo una.

Mañana saque sus cosas del hotel. Venga acá con sus maletas y le conseguiremos otro cuarto para otra noche.

¿Qué?!

El que sigue concluyó.

Tuvieron que arrastrar su equipaje a través de calles en reparación, donde a duras penas eludieron lo mismo hoyancos que montones de tierra suelta. En Václavské náměstí recibieron la clásica bienvenida de los que pululan a las afueras de los hoteles.

Change? . . . ¿Cambiare? . . . Welcheng?

El arribo al Alcrón estuvo empañado por la ruptura del carrito de las maletas, que no pudo resistir tantos accidentes del suelo; además, para animar el suceso, el botones los "escoltó" (gesto fiero, mirada que con buena intención calificaron de torva) hasta la recepción. Primero que nada, antes de articular cualquier palabra (habían aprendido bien la lección), presentaron el legajo de papeles: pasaporte, visa, constancia de cambio de moneda, una que otra credencial (por si las dudas, ahí nunca se sabe) y el recibo del pago de la habitación, hecho en rigurosos dólares.

-Sí, ya tenemos noticia de su llegada. . . ¿Un cuarto por más noches? . . . Ugh, hay posibilidades, luego le informamos. . . No olvide que la habitación vence a las once de la mañana.

Tras comparecer en la recepción, dejaron sus maletas en el cuarto. No desempacaron, pues más que huéspedes se sentían pasajeros en tránsito. Pero se hallaban en Praga, para muchos la capital más bella de Europa. Antes de salir a la calle, los empleados del hotel se aseguraron de que los turistas portaran sus pasaportes. Caminaron hasta Vacluske Nam que a esa hora, las cinco de la tarde, se encontraba atestada. Los trabajadores checos huían de sus oficinas para refugiarse en tabernas y cervecerías. La mejor era la más cercana. Entre los dos visitantes y la estatua de San Wenceslao, a ambos lados de la avenida, se advertían varios hoteles.

—Vamos a ver si de una vez conseguimos cuarto para las otras dos noches.

—¿Cuarto para mañana?

—No tenemos.

—¿O al menos para pasado mañana?

—No. . . Cedok.

—Es que allí nos dijeron que. . .

—Lo siento. Cedok.

La rutina se repitió tediosa e infructuosamente en otros seis hoteles. Caminaron hasta la plaza de San Wenceslao— ¿y si le prendemos una veladora?, esto empieza a inquietarme— en medio de la mugre y de la tristeza, entre el ruido y los rostros ausentes de los checos que contemplaban el piso por donde hace una década —parece que fue ayer— pasaron los tanques rusos.

Tomaron la primera cerveza de la tarde en una pequeña taberna del barrio antiguo. Les resultó imposible saborearla, pues los demás parroquianos, todos ellos nativos, los examinaron con molesta insistencia. Más que nada se fijaban en su ropa, entre comentarios y sonrisas, mientras iban llenando sus respectivas mesas de tarros vacíos. A la hora de pagar, les cobraron de más, quizá con la esperanza de que se animaran a cambiar divisas en el puente de Carlos, a cuya entrada se escuchaban ofertas en todos los idiomas europeos.

—Change?

Ya en El Castillo, mientras el crepúsculo empezaba a perfilarse, Praga parecía surgir de un cuento de hadas; sin embargo, a la entrada del atrio de la Basílica de San Jorge, la total inmovilidad de los guardias (soldadotes con plomo alrededor de la cintura y cruzándoles el pecho) indicaba que en cualquier momento el sueño podía convertirse en una pesadilla. Desde la altura, la magnificencia de las construcciones en torno al río Vltava (patria, en checo) exhibía el porqué Hitler alguna vez quiso que Praga fuera la capital de su imperio. Ambos lamentaron el olvido de la cámara fotográfica cuando los rayos del sol se posaron en las arcadas laterales de la Basílica. Contemplaban el espectáculo, cuando apareció un funcionario, gordo y rechoncho, con un portafolio en la mano y toda la solemnidad que podían cargar sus lonjas. Burrocrátote vestía un traje perfectamente bien cortado a la última moda occidental, nada parecido a los que usaban sus sojuzgados, siempre guapos y llenos de arrugas. Muy orondo subió a la parte trasera del automóvil, cuyo chofer agachó la cabeza y puso el auto en marcha. ¿A qué juega?, pensaron los turistas al unísono mientras burrotote pasaba frente a ellos.

El descenso fue lento, para disfrutar al máximo todas y cada una de las nuevas perspectivas que ofrecía la contemplación de Praga. Justo a las siete de la tarde, se congregaron en torno a la torre del reloj para ver cómo un esqueleto —símbolo de una ciudad donde moran 70 000 soldados rusos— marcaba las horas jalando una cadena.

Mientras la multitud se disgregaba, comenzaron a sentir hambre. Habían almorzado justo a las doce, por lo que ya era hora de cenar. Atrás de la torre descubrieron un lugar con mesas a la intemperie. Antes de que se acomodaran en las sillas, les sirvieron sendas cervezas. No bien las bebieron y ya tenían otras, listas para ser consumidas. Por fortuna el mesero hablaba algo de inglés.

—A dos cuerdas podrán comer. Aquí sólo se bebe.

Lindo sitio, donde había dos lugares vacíos, aunque con una tarjeta de reservación. Entraron, recorrieron el diminuto restaurant sin que nadie se fijara en ellos. El hambre lo animó a pedir que les sirvieran mientras llegaban las personas que habían hecho la reservación. Llamó, hizo señas, golpeó en la barra y chifló sin que le respondieran. Un par de checos —con delantal y toda la cosa— estaban en la cocina, a menos de tres metros de ellos, y nada ni nadie los pudo sacar de su mutismo. De pronto un parroquiano, en el colmo de la inteligencia, comprendió que eran turistas y se les acercó. Al fin una ayuda, se ilusionaron.

—Change? —preguntó mientras mascaba el último bocado.

De nuevo en la calle, revisaron todos y cada uno de los establecimientos que les salían al paso. En Starometske Nam localizaron un lugar donde la gente comía salchichas.

—Bueno, al menos eso.

—Sí— asintió su compañera—, se ve agradable. Entremos.

La suerte quiso que encontraran una mesa libre. Más tardaron en ocuparla que en tener frente a sí las quintas cervezas de la tarde. Salud, por las facilidades que brinda Praga al cultivo etílico. El se levantó para señalarle al mesero, que acababa de servirles otras cervezas, los platos de salchichas que estaban en otra mesa.

—Comer. . . Mangare. . . Eat. . .

El eslavo negó con la cabeza, no obstante que recién había servido un plato. Terminaron las cervezas y, para evitar que les impusieran más, él mismo se levantó a pagar. Esperó el cambio, pero el mesero se dio media vuelta. Indignado le reclamó, señalándole los precios: le estaba cobrando más del doble de lo debido, un descarado robo que no estaba dispuesto a permitir. El checo lo vio con gesto idiota y se alejó de él. Lo alcanzó antes de que tomara otra charola, repleta de cervezas.

—Devuélvame el cambio.

El mesero lo empujó, mostrándole sus dientes de hiena; pero él no se amilanó.

—Mi dinero. . .

Una mesera entró en ayuda de su camarada y, ante el doble empujón, a él no le quedó otra que abandonar el antro.

—Vámonos, son capaces de atacarnos en jauría.

Cuando se sintieron más o menos seguros, recordaron que todavía no tenían hospedaje para la noche siguiente. Rumbo a su hotel de paso, tomaron Vaclauske Nam en su cruce con 28 Rijna. Desde esa esquina hasta el Alcrón había media docena de hoteles.

—Un cuarto para mañana?

—No.

— ¿Cómo diablos se me ocurrió venir a Praga? ¿Ahora qué demonios hago?

El burócrata abandonó su pedestal, lo llevó aparte y, casi en un susurro, hizo la propuesta:

— Change?

Todos los semblantes checos pasan de lo ausente a lo pícaro cuando vislumbran el mercado negro.

— Si me consigue cuarto, le cambio —respondió en voz alta.

De inmediato abandonó su amarillo burócrata para sonrojarse.

— Shh. Please.

Aun entraron en las recepciones de otros hoteles, no obstante el aspecto que tuvieran. Obviamente en ninguno hubo cuarto, obviamente todos los encargados —llevándolo aparte y en voz muy baja— le ofrecieron cambio— A todos les prometió —en voz alta— que cambiaría divisas si le conseguían cuarto. Todos enrojecían y tartamudeaban suplicándole que se olvidara del asunto.

Al caminar el último trecho hasta el Alcrón, notaron que la inmensa mayoría de bares y tabernas continuaban llenos. Ahora las mesas estaban repletas de tarros vacíos y los parroquianos mantenían la mano —cuyo pulso vacilaba— en el que bebían, mientras su vista se desperdigaba.

Afortunadamente el botones del Alcrón los reconoció y no hizo nada contra ellos.

— Estoy aterrado. . .

Refirió los sucesos. La mujer de la recepción abrió los ojos, de asombro y de pena, mientras movía la cabeza.

— Maldita ciudad de rateros. . . Si hubiera llegado en tanque, no me habrían tratado así —agregó en español.

— No se preocupe, en este momento le reservo una mesa.

Abandonó a toda prisa el recibidor. Instantes después señalaba con una reverencia el camino a seguir.

—Su mesa está lista. . .

Se imaginaron un comedor atestado, al que tenían acceso debido a su condición de huéspedes del hotel. Nada más falso.

—Mira, japoneses. El viaje es cierto, no lo hemos soñado.

El nipón revisaba su cámara fotográfica mientras la mujer le daba de comer al niño. Además, un matrimonio ya entrado en años se tomaba las cosas en serio y cenaba con sus mejores trapitos. En un rincón dos prostitutas fumaban. El capitán lucía un reluciente frac y se acercó a ellos haciendo una reverencia. Tras acomodarlos, hizo la segunda reverencia para darles la carta y siguieron las reverencias: unas para cada plato ordenado, otras para cada plato servido, algunas más cuando llenaba sus copas de cerveza. La cena les supo a gloria, por lo que dejaron una propina tan gorda como el capitán, cuya consabida reverencia llegó a extremos nunca vistos.

Con el estómago lleno, se conciben las más increíbles utopías.

—Me late que ya tienen cuarto para nosotros. Con esto de que ya nos hicimos clientes del hotel. . .

—Mañana a eso de las once le digo. . . Esperamos a un grupo, pero no creo que haya problema.

Dieron un paseo para bajar la cena. A las diez de la noche, en pleno verano, la avenida principal de Praga estaba desierta. Tan sólo algunos italianos (como ellos, simpatizantes de la izquierda) deambulaban por ahí, francamente sorprendidos.

—Dove la gente?



2893757

Desde 1968 en Praga no hay primavera. El invierno político de esta ciudad sitiada retiene a sus moradores en casa o en cualquier taberna, de donde salen casi arrastrándose, cuidando de no toparse con algún milite ruso.

Mientras su compañera se metía al edredón, él quiso escuchar un poco de música. Las pocas estaciones que pudo captar —y eso que se trataba de un radio de onda corta— únicamente transmitían discursos. Agradeció a Dios su ignorancia del checo y del ruso antes de ponerse a dormir.

¿Es un sueño una sociedad cuya burrocracia, en vez de crecer, vaya desapareciendo paulatinamente? Al cerrar los ojos, entrevió las piernas de la azafata de Cedok en el aeropuerto, casi siempre ocultas por ese inútil mostrador.

Días después, ya completamente a salvo, cuando recordaron su paso por la ciudad de Kafka, su compañera comentó que lo mejor de Praga, lo más cálido y hospitalario, había sido el edredón del hotel Alcrón.

Despertó muy de mañana. Recordó que su traje de baño había recorrido media Europa sin que lo pudiera usar.

—Buenos días ¿Podría decirme dónde se encuentra la alberca del hotel?

—Lo siento, señor. . . No tenemos alberca. . . Pero hay tinas en todas las habitaciones. . . ¡Buenos días!

Entonces comprendió que un hotel de lujo en Checoslovaquia se enorgullece de tener una tina por cuarto y un fulano que hace reverencias a todos los huéspedes.

El desayuno que habían pagado no incluía unos huevos revueltos con jamón, que resultaron más caros que en Nueva York.

—¿Y el cuarto?

—Sí tenemos, pero no se lo puedo dar.

—¿Por qué? ¿Esperan a alguien?

—No. . .

—¿Entonces?

Ella guardó silencio.

—¿Tienen cuarto sí o no? Pago en lo que quieran.

—Sí.

—Entonces, dénmelo. . .

—No, mejor vaya a Cedok.

Desesperado se refugió en su embajada. Unicamente se atrevió a salir de ella con la copia del telex que confirmaba su reservación. Minutos después hacía su entrada “triumfal” en el mejor hotel de la ciudad, al menos así le dijeron. El orgullo de Cedok –lugar preferente en todos los folletos acerca de la hospitalidad checa– resultó un vulgar Hollyday Inn. Vulgar porque la televisión no funcionaba, la frecuencia modulada transmitía discursos y una docena de éxitos de rock muy pasados de moda y, para cenar, uno debía ponerse saco, so pena de que los esclavos (muy dignos, mirando por encima del hombro) se negaran a dar servicio. Eso sí; si uno pedía “Room service”, el desayuno llegaba calentito y justo a la hora solicitada. El botones hacía la consabida reverencia y, como estaban en privado, en voz alta preguntaba con la mayor cordialidad del mundo:

–Change, sir?

INDICE

El principio	5
De que la empresa es brava	9
Una visita a la ciudad de Kafka	19

2893757

242088

LA PAZ DEL FUEGO 7 se terminó de imprimir el día 28 de junio de 1981 en los talleres gráficos de la Sección de Impresión y Reproducción de la Unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana. Se tiraron 150 ejemplares en offset sobre papel bond. La edición estuvo al cuidado del autor y de Modesto Serrano. Composición: Consuelo Pérez C. Ediciones de la Coordinación de Extensión Universitaria.

COLECCION LA PAZ DEL FUEGO

- 1) Ana Flaschner. *Mirando pasar la eternidad*
- 2) Manuel Olivar. *Junto a la planta*
- 3) Ismael Pérez. *Y desde aquí te lo volvería a decir*
- 4) Alfredo Maqueda. *Huellas en la invisible arena*
- 5) Manuel Jiménez Castillo. *Dos relatos*
- 6) Jorge Arturo Ojeda. *Cristina y Octavio*
- 7) Oscar Mata. *Una visita a la ciudad de Kafka*
- 8) Pablo Millán. *Los límites del juego*

4893757



